

*Margarita, está linda la mar,  
y el viento  
lleva esencia sutil de azahar;*

Estoy segura de que si uno se enferma en días de escuela es para disfrutarlo. Para que vengan de visita con regalitos, como los chocolates que me trajo Leti, que es mi mejor amiga. Para ver toda la tele que uno quiera sin regaños, para oír todo el día a los cantantes que te gustan y tener el teléfono en la cama como la abuela. Son unas ricas vacaciones.

Bueno, pero esta vez no ha sido así para nada. Y es que de veras me he sentido malísima. Tuve tanta fiebre que se me cerraban los ojos ¡Qué bárbara!, si hasta me dormí en mis programas favoritos. Y otra cosa que ni yo misma creo, no he probado ni medio chocolate. Claro que tomé fuerzas para levantarme y guardarlos en el escondite secreto antes de que los viera mi hermano Luis. Ya me pasó la otra vez que cuando llegué del colegio, el sue-

lo brillaba con los trocitos de las envolturas, y mi mamá sólo dijo:

—No te enojés, Margarita, que tu hermano es todavía chico y no sabe bien.

Lo bueno es que ya me he empezado a sentir mejor; además parece que yo fui la primera de mi clase en enfermarse. Es un virus, dice mi mamá, y ella sabe mucho porque es bióloga. No puedo creer que esa cosa, que ni se ve de tan chica, tenga más fuerzas que si te cae un ejército entero... Porque quedas como después de la guerra, aunque claro que yo nunca he estado en una guerra.

Ya llevo no sé cuántos días aquí en mi casa, y apenas empiezo a disfrutarlo.

“Quiero agua de limón”, y al rato llega la jarra.

“Quiero una gelatina de frambuesa”.

“Quiero otra almohada”.

“Quiero... Quiero... Quiero...”.

Es delicioso pedir como si yo fuera una princesa y que se cumplan todos mis deseos. Lo malo es que no se me han ocurrido muchos. Además, casi no he tenido visitas, porque no dejan venir a nadie para que no se contagie, aunque muchos niños ya se han enfermado. El colegio debe estar medio vacío.



Pues hoy vinieron las abuelas. La bisabuela me trajo un libro de cuentos que era de ella: *La isla del tesoro*. Se ve viejísimo, como ella, pero tiene unos dibujos muy bonitos. Y cuando lo abrimos, de entre sus páginas cayeron chorros de tréboles.

—¡Qué barbaridad!, debo haber tenido tu edad, como diez años, cuando juntaba los de cuatro hojas.

—Mi edad no, yo tengo once.

—Bueno bueno, sé que no es lo mismo, pero ya se me olvidaron las diferencias —dijo la bisabuela, y me guiñó el ojo. Ella lo hace siempre que nos contamos cosas secretas.